



ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

UN NIÑO UNTADO DE M...

Omar Alejandro Bravo

Psicólogo, Universidad Nacional de Rosario. Argentina

Máster y Doctor, Instituto de Psicología, Universidad de Brasilia.

Profesor del Departamento de Estudios Psicológicos, Universidad Icesi, Cali.

Resumen

El sector de la ciudad de Cali, conocido como El Calvario, concentra una población en grave situación de vulnerabilidad, siendo los niños, principalmente, quienes están más expuestos a agresiones y daños de todo tipo. Este texto parte de una situación particular, relatada por un voluntario que desarrolla tareas de apoyo en este sector y pretende reflexionar, desde allí, sobre la ética y la actuación del psicólogo en estos contextos de exclusión.

Introducción:

El sector conocido como El Calvario está ubicado en el centro de la ciudad de Cali. En sus reducidos límites se concentra una numerosa población en graves condiciones de deterioro social e individual que habita las derruidas viviendas del lugar.

Existe aquí un alto índice de consumo de drogas, principalmente alcohol, marihuana y bazuco. En este sector se registran numerosos hurtos, tráfico de drogas y prostitución, que se inscriben, junto a la mendicidad y la recolección de basuras y reciclaje, entre las pocas formas de ganarse la vida de la que disponen muchos de sus habitantes.

A pesar de ocupar un lugar próximo a uno de los centros de actividad comercial y de tránsito de la ciudad, El Calvario padece de una acentuada invisibilidad social. Raramente la prensa se ocupa de la suerte de sus

habitantes, excepto cuando se trata de cuestiones que tiene que ver con el orden público, principalmente en relación a los numerosos hurtos que allí se suceden. Lo mismo sucede con el Estado, que limita sus intervenciones a la mera acción policial.

No obstante, hace poco tiempo una noticia de otro carácter ganó los titulares de la prensa: en vísperas de la Navidad, se repartieron entre los habitantes del sector alimentos que contenían insecticida y vidrio molido, lo que provocó la hospitalización de más de cuarentas personas y la muerte de tres de ellas. La reacción de la población, posible de acompañar a través de los comentarios que los lectores de los periódicos realizaban, iba desde la indignación a la aprobación, ésta última vinculada a la declarada necesidad de limpieza social del sector, entendida como única forma de solucionar los problemas de orden público que allí se suceden. No fue esta la primera actividad de este tipo que allí se registra. En los últimos años, numerosos relatos dan cuenta de asesinatos perpetrados por pistoleros anónimos que, se sospecha, actúan por cuenta y mandato de comerciantes de la vecindad.

En este sector habita una gran cantidad de niños, la mayoría en situación de indigencia. Un alumno de la Universidad del Valle, junto a un grupo de voluntarios, organizó recientemente una actividad que incluyó un almuerzo y la posibilidad de acceso a un cambio de ropas, higiene y corte de cabello, entre otras iniciativas destinadas a ofrecer un paliativo a las indignas condiciones de vida de esta población, especialmente a los niños.

Esa misma noche, para su sorpresa, este estudiante se encontró a varios niños participantes de esa jornada, nuevamente en condiciones de abandono y untados de excremento. Según su propio relato, estos niños se habían colocado propositalmente en esa situación, con la intención de evitar el riesgo de ser violados.

La banalidad del mal, la banalidad del bien

Arendt (1969) describió, en un texto angustioso y angustiante, algunas características del funcionamiento de la maquinaria nazi, destacando como las actividades más espantosas vinculadas al genocidio podían ser banalizadas a

partir de su rutinización, entendiendo que el Holocausto fue posible también a partir del apoyo de pequeños burócratas que permitieron que ese aceitado mecanismo de exterminio funcionase (¿quien llevaba la cuenta de los judíos que embarban a Treblinka o reponía el gas de los hornos? se preguntaba Goddard, un director de cine francés, años después).

Lo innumerable del genocidio tiene que ver quizás con esto, con la posibilidad de que su existencia haya dependido no sólo de grandes “monstruos” como Eichmann o Hitler, sino de personas pequeñas y anónimas, que transforman ese otro absoluto y horroroso en algo más próximo.

Baumann (2007) avanza en este sentido. Para este autor, lo verdaderamente indecible, insoportable no es aquí la posibilidad de que cualquiera pueda ser víctima de estos procesos, sino también ocupar el lugar de victimario, dentro de condiciones sociales particulares.

La participación activa en estos procesos, por acción u omisión, no se producen de un momento a otro y de forma racional y conciente, sino que tienen que ver con mecanismos de producción de subjetividad que permiten naturalizar a los mismos y legitimar (o al menos tolerar o desentenderse) de las prácticas asociadas.

Contra esto, cabe reivindicar la indignación, el escándalo. Según Adorno (1998), después de Auschwitz no podría haber poesía. En el mismo sentido, se puede afirmar aquí que mientras exista un niño que se unta de excremento para protegerse, no puede existir alegría ni poesía ni sociedad posible, sólo vergüenza e indignación.

Picasso, autor del cuadro que retrataba el bombardeo nazi a la población de Guernica, le contestó al oficial alemán que lo indagó acerca de la autoría de esa obra que no había sido él, Picasso, su verdadero autor, sino ellos. De alguna forma, la condición de esos niños tiene que ver con todos, los que directamente los amenazan y los que lo permiten por desidia o tácita aprobación.

La actividad realizada por este grupo de voluntarios, que permitió conocer esta indignante situación, fue realizada desde un infrecuente lugar de solidaridad y compromiso con la suerte del prójimo. No obstante, ante la enormidad de la trágica situación que vive esta población, resulta de alguna forma impotente, limitada. No sólo el mal puede ser banal; el bien (a pesar del maniqueísmo de la distinción), también se banaliza, impotente, si no se potencia en lo colectivo.

Contra la miseria de la psicología, una psicología de la miseria

Desde el campo específico de la psicología, es posible aportar a un proceso de cambio dirigido a ofrecer condiciones dignas de vida a la población en situación de exclusión social, económica y cultural. Para ello, es necesario reivindicar la necesidad de producir conocimientos y formas de intervención abarcativas y consistentes, que admitan de forma declarada y abierta el carácter político de las mismas.

Este carácter político de la intervención debe atravesar también el espacio de la clínica, donde técnicas y teorías permiten con frecuencia suponer una distancia con el objeto-sujeto a tratar, que habilita también a desentenderse de las consecuencias de la intervención. Ejemplo de esto es el sobrediagnóstico de los síndromes de hiperactividad en alumnos de ciclos primarios, y la brutal administración de medicación posterior, o la proliferación de los diagnósticos de psicopatía, principalmente entre infractores a la ley. En ambos casos, complejos procesos, en donde se conjugan cuestiones sociales, individuales y aspectos de carácter institucional y familiar se reducen a una relación directa entre una patología (generalmente atribuida a factores físicos) y una conducta. De esta forma, una técnica y un lugar institucional de poder, como es el del profesional universitario, permiten banalizar una práctica que es también política, en contenidos y alcances.

De esta forma, la ética de la intervención no se reduce al respeto por una serie de normas y formas si no que se vincula, fundamentalmente, con aquello que como profesionales de una sociedad socialmente desgarrada y empobrecida aportamos a un proceso de cambio.

Parafraseando a Sartre (1968), la historia futura depende no tanto de lo que hayan hecho con nosotros, si no de lo que seamos capaces de hacer con aquello que nos hicieron, única forma de sacudirnos de la mierda que nos unta a todos.

Bibliografía:

- Adorno, T. (1998) *Critica cultural e sociedade*. São Paulo: Atica.
- Arendt, H. (1999) *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Baumann, Z. (2007) *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.
- Sartre, J (1968) *El ser y la nada*. Madrid: Colección Biblioteca Filosófica.